

Crónicas mestizas novohispanas. Relecturas a 500 años de la caída de Tenochtitlan

MARÍA INÉS ALDAO

*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
Instituto de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Buenos Aires
inesaldo@hotmail.com*

Recibido: 30/10/2021 – Aceptado: 15/11/2021

DOI: <https://doi.org/10.46553/LET.84.2021.p8-22>

Resumen: Entre las crónicas de Indias encontramos un subgrupo cuya riqueza textual no ha sido reconocida aún en su totalidad. Me refiero a las crónicas mestizas, textos que conjugan elementos de las tradiciones indígena y occidental, compuestas por indios, mestizos y/o frailes que recopilan información sobre los pueblos amerindios. Estas crónicas presentan un discurso distinto que, si bien exhibe similitudes temáticas, ideológicas y retóricas con otros textos, conforma un sujeto de enunciación complejo y disímil, a la vez que ponen en escena una tensionada convivencia de tradiciones. En esta oportunidad, y ante la conmemoración por los 500 años de la caída de Tenochtitlan, propongo un recorrido por las versiones y relatos sobre la “conquista de México” en las crónicas mestizas novohispanas. Una lectura atenta de las historias de Diego Muñoz Camargo, Juan Bautista Pomar, Cristóbal del Castillo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Hernando de Alvarado Tezozomoc, Domingo Francisco San Antón Muñón Chimalpahin, Diego Durán y Bernardino de Sahagún permitirá adentrarnos en la complejidad del archivo colonial latinoamericano y reflexionar sobre cómo se lo ha abordado, leído y conceptualizado.

Palabras clave: crónicas mestizas novohispanas – conquista de México – archivo colonial latinoamericano – tradición indígena – tradición occidental - reversiones

Novohispanic half-blooded chronicles: A reinterpretation 500 hundred years after the fall of Tenochtitlan

Abstract: Among the Chronicles of the Indias there is a subgroup whose textual richness has not been acknowledged yet. With this I refer to the half-blooded chronicles, which are texts that combine the indigenous and the western traditions, made up of aborigines, half-blooded people and/or friars who compile information about the American aborigines. These chronicles present a different speech which, in spite of the thematic, rhetorical and ideological similarities with other texts, conform a complex and different subject of enunciation and show a tense convergence of traditions. This time, and in memory of the 500 years of the fall of Tenochtitlan, I set out to revisit the stories and retellings about the "conquest of México" in the Novohispanic half-blooded

MARÍA INÉS ALDAO

chronicles. A thorough re-reading of the stories of Diego Muñoz Camargo, Juan Bautista Pomar, Cristóbal del Castillo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Hernando de Alvarado Tezozomoc, Domingo Francisco San Antón Muñón Chimalpahin, Diego Durán and Bernardino de Sahagún will allow us to enter the complexity of the Latin American colonial archive and reflect on how it has been studied, read and conceptualised.

Keywords: Novohispanic Half-blooded Chronicles – Mexican Conquest – Latin American Colonial Archive – Indigenous Tradition – Western Tradition – Reversions

Revisiones

En el lugar de los dardos de colores,
de los escudos pintados,
es Tenochtitlan...
Abren aquí sus corolas
las flores del Dador de la vida...
Anónimo, Ms. Cantares mexicanos

El 8 de noviembre de 1519 un heterogéneo grupo de europeos e indígenas bajo las órdenes de un joven capitán llega a México-Tenochtitlan. Se produce allí el famoso (y erróneamente denominado) “encuentro” entre Cortés y Motecuhzoma Xocoyotzin, una de las escenas más representativas de la historia americana. Dos años después, luego de un enfrentamiento que dura casi tres meses, Tenochtitlan, la magnífica, la cabecera de la coalición mexicana, la hermosa ciudad lacustre, cae a causa de las tácticas de asedio y recorte de suministros que habían sufrido los españoles al ser hospedados por Motecuhzoma, y que supieron implementar aconsejados por los indígenas aliados. El saldo es apabullante: mueren más de doscientos cuarenta mil mexicanos, treinta mil texcocanos, doscientos mil tlaxcaltecas y unos pocos españoles. En efecto, llevan la peor parte los pueblos originarios.

Tenochtitlan es derrotada el 13 de agosto de 1521. La guerra llega a su fin cuando el último *tlatoani* mexicana Cuauhtémoc se rinde y, con él, sus guerreros. Sus palabras, acaso las más conmovedoras de la crónica colonial, según los textos mestizos, fueron: “Ah capitán. Ya yo he hecho todo mi poder para defender mi reino y liberarlo y librarlos de vuestras manos, y pues no ha sido mi fortuna favorable, quitadme la vida que será muy justo y con esto acabaréis el reino mexicano, pues mi ciudad y vasallos tenéis destruidos y muertos” (Ixtlilxóchitl, 1975: 478).¹ Al decir esto, tiene en sus manos el puñal que, paradójica y raudamente, le ha quitado a Cortés, y con el que le pide que lo ejecute. No será aquí sino durante la fallida expedición a Hibueras que Cortés mande ahorcar a Cuauhtémoc, Cohuanacochtzin, Tetlapanqueatzin y otros *pipiltin*.² ¿Cuál fue

¹ Según otra versión: “Decidle al capitán que yo ya he hecho lo que era obligado para defender mi ciudad y reino, como él hiciera en el suyo, si yo se lo fuera a quitar. Pero, pues que no pude y me tiene en su poder, que tome ese puñal y me mate” (Durán, 2006: 568).

² Al respecto, dice Chimalpahin: “(Cuauhtémoc) fue ahorcado en una ceiba por los españoles [...] grillos y cadenas de hierro le asían los pies para que estuviera colgando” (2003^a: 217). Durán relata una suerte de juicio que le habrían hecho los españoles al *tlatoani* que, claro, culminó con su muerte: “Y parece que, a pocas

el motivo de estos asesinatos? Planeaban un levantamiento contra los españoles, según las cartas de Hernán Cortés; los españoles pretendían asegurarse la ruptura del linaje noble indígena, según las crónicas mestizas.

Este es solo un ejemplo de la forma en que la cronística mestiza novohispana brinda otra versión, revisa la cronística occidental. Si la guerra por Tenochtitlan y los eventos que la circundan, así como el proceso que sobrevino, produjeron un amplio y heterogéneo archivo, es necesario revisar qué dice ese archivo sobre la conquista de México, qué dice cuando no dice y, sobre todo, qué y cómo lo hemos leído.

Reflexiones

Lo que conocemos como “conquista de México” es un concepto que amerita, al menos, una reflexión, fundamentalmente en este año en que conmemoramos su quinto centenario. En primer lugar, porque la guerra por Tenochtitlan no fue tan veloz como suele parecer, ni tan inmediata: debe pensarse como un proceso complejo en el que se ponen en juego alianzas, traiciones, rebeliones, indecisiones, sospechas. Es el resultado de una serie de enfrentamientos, batallas, repliegues y derrotas de ambos bandos.³ Pensar dicho hecho como un éxito rotundo por parte del bando español es erróneo. En segundo lugar, porque este sintagma invisibiliza la indispensable ayuda de los aliados: tlaxcaltecas, cempoaltecas, chalcas, huexotzincas, texcocanos, entre otros, y las disputas internas entre los pueblos (no es un dato menor que Texcoco formara parte de la confederación de estados *Excax Tlahtoloyan* o “Triple Alianza” junto con Tenochtitlan y Tlacopan previo a unirse a Cortés).⁴ Tal como indica *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, de los tlaxcaltecas surge la idea de sitiar Tenochtitlan comenzando por determinadas zonas para, así, “desmembrar y cortar las raíces del árbol” (1998: 232). En este sentido, no es posible considerar que un reducido grupo de europeos con Cortés al mando pudo haber derrotado a los tenochcas.⁵ En tercer lugar, porque esta mirada tradicional que da tanto crédito a las “huestes” (nótese la hipérbole) de Cortés sigue muy de cerca el archivo occidental sobre la conquista que ha silenciado, entre otras cuestiones, la colaboración de los pueblos indígenas.

Este concepto (equivocado, errado o, por lo menos, impreciso) de “conquista de México” genera en la actualidad todo tipo de reflexiones y reconceptualizaciones tales como “la conquista indígena de Mesoamérica” (Oudijk y Restall, 2008), “la conquista del siglo XVI” (Navarrete Linares, 2021a), “la caída de México-Tenochtitlan” (Battcock, 2021a), “la conquista de los mexicas” (Alcántara Rojas, 2021). Pero también produce revisiones y relecturas. Debe pensarse, entonces, como un lienzo incompleto

jornadas después que salió de México, le acumularon que quería cometer traición a los españoles y procuraba hacerlos matar. Y levantándose contra él algunos testigos, le mandó ahorcar. Y así feneció el gran Cuauhtemoc, ahorcado” (2006: 575).

³ Como describen las crónicas de Sahagún, Durán, Ixtlilxóchitl y Muñoz Camargo, por ejemplo.

⁴ La alianza se debió a que Cortés prometió a Ixtlilxóchitl, a cambio de la colaboración texcocana, ayudarle a recuperar el poder de su hermano Cohuanacochtzin, el heredero legítimo (Alcántara Rojas, 2021: 251).

⁵ Sigo aquí las valiosas reflexiones de Federico Navarrete Linares sobre la llamada “conquista de México” (2019, 2021).

MARÍA INÉS ALDAO

que se va llenando con retazos de textos, crónicas, cantares, un lienzo que dice y desdice según las tradiciones, según los enunciadores.

Un ejemplo de esto lo conforman las crónicas mestizas,⁶ textos que presentan posicionamientos oscilantes respecto de la conquista. Estas historias omiten dicho relato o presentan una visión suavizada de su violencia; colocan en primer plano hechos y personajes que las crónicas de tradición occidental silencian y brindan versiones alternativas de la historia de acuerdo a los intereses de cada cronista. No obstante, todas ellas critican, en mayor o menor medida, las consecuencias de la conquista en tanto pérdida del mundo conocido, es por esto que aluden a la destrucción de fuentes y, por supuesto, de vidas.

La *Historia de Tlaxcala* [1592] de Diego Muñoz Camargo brinda un relato afín a los objetivos del cronista, esto es, destacar el papel de Tlaxcala en la historia. Su descripción de la ayuda que prestó su pueblo a Cortés es exhaustiva y presenta una conquista alternativa. *Relación de Texcoco* [1582] de Juan Bautista Pomar no relata la conquista en sí pero dedica algunos párrafos vehementes a las consecuencias de dicha gesta, brindando una crítica no por breve poco interesante. Una de las más fuertes denuncias es hacia la extirpación y quema de pinturas que redundó, entre otras cosas, en falta de información y de “memoria”, así como la desaparición de aquellos “cantos antiguos que hoy se saben a pedazos” (Pomar, 1891: 24). *Historia de la conquista* [ca. 1599] de Cristóbal Del Castillo se dedica a describir un episodio fundamental, la Noche Triste, desde una perspectiva cercana a la tradición indígena. Es que la amputación de las crónicas mestizas, el descuido con que se han conservado en el archivo, no nos favorece: la crónica de Pomar carece de varios apartados y a la de Del Castillo le faltan capítulos, desde la Noche Triste a la conquista consumada, aunque lo poco que dice es elocuente: “acabó la batalla, se entregó el escudo, se enfrió el agua divina y la hoguera, de manera que se perdieron los tenochcas tlatelolcas” (1991: 151).

Por su parte, las *Obras* [ca. 1625] de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl narran con detallismo y patetismo la caída de Tenochtitlan, y hacen hincapié en que el gran posibilitador de esto fue el tatarabuelo del cronista, Ixtlilxóchitl, hijo de Nezahualpilli, nieto del gran Nezahualcóyotl.⁷ Otros cronistas, como Hernando de Alvarado

⁶ Por “crónicas mestizas” entiendo “un grupo de textos que casi independientemente del origen étnico de sus autores, reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea (indígena y europea)” (Lienhard, 1983: 105). Son mestizos, entonces, el tipo de material utilizado para el relato (crónicas de tradición occidental, códices, oralidad, testimonios) y las operaciones (provenientes de y adquiridos por distintas tradiciones) con que esos materiales son incorporados en cada crónica. Es por esto que consideramos en este conjunto de textos a las *Historias* de los frailes Bernardino de Sahagún y Diego Durán. Pero además las crónicas mestizas reúnen una serie de características (tales como la descripción de los pueblos cabecera de los que descienden los cronistas, un enunciador oscilante que silencia aspectos relativos a la conquista, una férrea adhesión al cristianismo y una atención especial al relato de los orígenes de los pueblos, entre otras) que las hacen un corpus único dentro de la cronística colonial (Aldao, 2018). Tal como su título indica, en este trabajo me ocupo de las crónicas mestizas novohispanas, no así de las andinas, que cumplen con las mismas características.

⁷ La bisabuela del historiador, Ana Cortés Ixtlilxóchitl, era hija de Ixtlilxóchitl, vástago legítimo de Nezahualpilli, y Beatriz Papatzin, hija de Cuitlahuac, penúltimo *tlatoani* de Tenochtitlan (Vázquez Chamorro, 1985: 19).

Tezozomoc en su *Crónica mexicana* [1598], no abarcan el relato de la guerra, pero sí el pavor anterior a la llegada a Tenochtitlan, los intentos de Motecuhzoma, ya consciente de lo que se avecinaba, por evitar el arribo. Domingo Francisco San Antón Muñón Chimalpahin, en sus relaciones [ca. 1631], hace alusión a la conquista desde un “nosotros” indígena: “nos atacaron los españoles, ya nos combaten en México [...] finalmente sucumbimos en tlaxochimaco” (2003b: 203).⁸ Y se lamenta por la ayuda que prestó su pueblo chalca a Cortés (2003b: 203).⁹

El *Libro XII* [1582?] de Bernardino de Sahagún brinda su versión de la conquista hasta el apresamiento de Cuauhtémoc desde una perspectiva indígena, haciendo hincapié en la férrea resistencia mexicana y en la avidez de los españoles por el oro:

Como estuvieron juntos los tres señores de Mexico, y Tezcuco, y Tlacuba con sus principales delante de Don Hernando Cortes, mandó a Marina que les dijese dónde está el oro que había dejado en México? Y luego los mexicanos le sacaron todas las joyas que tenían escondidas en una canoa llena, y todo lo pusieron delante del capitán, y de los españoles que con él estaban: y como lo vio dijo no hay más oro que este en México? Sacadlo todo, que es menester todo. (Sahagún, 2016: 180)

Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme [1581] del dominico Diego Durán, por su parte, se ocupa hacia el final del texto (durante el capítulo LXXVII) de los intentos de Cuauhtémoc por doblegar a los aliados y reproduce en discurso directo la arenga del *tlatoani*. Narra el asedio a Tenochtitlan, las desesperadas estrategias mexicas, el sacrificio de cuarenta españoles apresados. Hace hincapié en las alianzas: el papel de los tlaxcaltecas, el apoyo de los chalcas e Ixtlilxóchitl, “príncipe” de Texcoco por ese entonces. Es una perspectiva indígena que brinda detalles que no están en otro tipo de crónicas. Su enunciador matiza la violencia de la conquista, aunque no el proceder de los españoles ante los *tlatoque* u otros *pipiltin* derrotados.

Todos estos textos ingresan la duda respecto de la verdadera intención de la gesta, puesto que, mientras que las crónicas de tradición occidental ostentan un enunciador atento a conquistar el espacio como paso previo a la evangelización, las crónicas mestizas revelan la ambición del otro, la violencia y las omisiones de sus historias. Cómo pensar este corpus, me pregunto, como textos históricos, meramente informativos, si sus enunciadores polemizan, inquietan, omiten, panegirizan, hiperbolizan.

Reversiones

La cronística mestiza constituye un archivo fundamental e ineludible para pensar la conquista de México. Según las crónicas de tradición occidental, los héroes de dicha gesta fueron los españoles.¹⁰ La *Segunda Carta de Relación* omite la enorme ayuda de

⁸ *Tlaxochimaco*: noveno mes del calendario mexicana.

⁹ La repetición y los usos metafóricos en este cronista y en los textos de Del Castillo son constantes, remedo de la lengua original en que están escritas estas crónicas, el náhuatl: “vino a enfriarse la guerra”, “se recostaron las armas”, “se enturbió la mexicáyotl” (2003a: 203). *Mexicáyotl*: la esencia mexicana, la mexicanidad.

¹⁰ Otra generalización para poner en duda, pues quienes acompañaron a Cortés no fueron exclusivamente españoles, sino que también hubo, por ejemplo, italianos, griegos, esclavos africanos (Battcock, 2021a).

MARÍA INÉS ALDAO

tlaxcaltecas, texcocanos, cholultecas y otros pueblos sin los cuales la guerra por México hubiera tenido otro saldo. Su enunciador se ufana de detectar y aprovecharse de las disputas internas entre los amerindios: “Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos” (Cortés, 2010: 234). A esto, las crónicas mestizas proponen sus respectivas versiones: *Historia de Tlaxcala* subraya el heroísmo de los tlaxcaltecas, sin obviar el hecho de que la ciudad albergó desde el principio a Cortés y fue una suerte de “centro de operaciones” desde el cual marchan sobre Tenochtitlan. Además, Muñoz Camargo destaca el buen recibimiento de los *tlatoque* tlaxcaltecas, multiplicando, de esta manera, la presencia y participación de su pueblo.¹¹ Ixtlilxóchitl, por su parte, centra su versión en la colaboración imprescindible de su homónimo, quien batalla del y al lado de Cortés, da órdenes a los guerreros, convoca más aliados. Es usual en el texto el sintagma “él y Cortés con los suyos” que repone los silencios de las cartas de relación y sustituye al Cortés móvil y activo por el *tlatoani* texcocano como héroe absoluto (Ixtlilxóchitl, 1975: 466 y ss.) que funge, también, como líder compasivo que pide a Cortés, una vez vencidos los mexicas, que quite los grillos a Cuauhtémoc y deje de atormentarlo (1975: 480).

En las crónicas compuestas por soldados se invisibiliza también la importancia de las lenguas, esos intérpretes sin los cuales Cortés no hubiese podido conseguir información ni gestar alianzas. No se alude, o apenas se menciona, a Malintzin, la misma de la que dice *Historia de Tlaxcala* “Mailintzin [...] hermosa como diosa” (1998: 180), “india de mucho ser y valor, y buen entendimiento” (1998: 182). La misma que, según la *Crónica mexicana* de Tezozomoc, descendiente de Motecuhzoma, guía a los españoles por los mejores caminos (2003: 483). La que, según los informantes de Sahagún, es obligada a traducir insistentes preguntas por el oro (2016: 180-181).

Por el contrario, las crónicas mestizas consignan los nombres de los *pipiltin* que omiten las de tradición occidental. Las crónicas escritas por frailes, más atentas a la lengua indígena, relevan algunos, pero están muy lejos de la contemplación del nombre del otro, ese nombre con el que se pasa a la historia. Esos nombres en náhuatl tan difíciles de pronunciar como de hermosa cadencia, y otorgado según las habilidades esperadas en su portador: así, “Cuauhtémoc” es “águila que descende”, “Motecuhzoma” es “hombre de ceño fruncido o serio”, “Chimalpopocan” es “escudo que humea”, “Nezahualpilli” es “niño que ayuna”, “Nezahualcóyotl” es “coyote que ayuna”, “Axayácatl” es “rostro de agua”. Esos nombres que las crónicas de tradición occidental no pueden, no saben o no están interesadas en consignar y que reproducen sin la debida atención: recordemos los “Guatemozin”, “Huichilobos”, “Muteecuma”, “Temixtitán”, “Tascalelcal” (Cortés, 2010), “Motenzuma”, “Tenustitan” (Díaz del Castillo, 1991). Ese nombre que el bautismo cristiano reemplaza como si realmente se volviera a nacer a la luz de la fe y de otra identidad: así, Ixtlilxóchitl es renombrado “Fernando”; el *tlatoani* tlaxcalteca Maxixcatzin es “Lorenzo”, otro de los *tlatoque*, Xicotencatl, es “Vicente”, su hija, Tecuelhuatzin, es “Luisa” (*a posteriori*, esposa de

¹¹ Este amable recibimiento es relatado, también, por Chimalpahin (2003b: 197).

Pedro de Alvarado); Mochiuhquecholetzomatzin, “Francisco”, Cuitláhuac, también es “Francisco” (porque, bautizados por fray Martín de Valencia, recibieron el nombre del patrono de los Menores). Y los ejemplos son interminables. Al respecto, *Historia de Tlaxcala* señala:

Fue por esta orden: que un día que se bautizaban varones y se llamaban Juanes, y otro las mujeres y se llamaban Anas, y otro día se ponían Pedros y Marías, de suerte que venían por días los nombres de los varones y hembras y dábales una cedulita para que no se olvidase los nombres de los bautizados de aquel día. (1998: 206)

Las crónicas mestizas, en su afán por posicionarse del lado del cristianismo, ponen en escena la consternación en la imposición de, entre tantas otras cosas, un nombre nuevo que, como observamos en la cita, es colocado arbitrariamente a través del bautismo; un nombre que el receptor no elige ni entiende y a quien nada significa, la marca indeleble de la conquista, horadando su tradición. Como contrapartida, en la *Historia de la conquista* de Del Castillo quien renombra al conquistador es el indígena: así, Pedro de Alvarado será “el malvado capitán Tonatiuh” (1991: 137) en referencia a que lo llamaron “el sol”.¹² Y según *Historia de Tlaxcala*, a Cortés lo nombraron “chalchiuh capitán”, “capitán de gran estima y valor” (1991: 191). Pero no son nombres que reemplacen, que quiten en su perennidad, sino apodos puestos por los indígenas según las fascinantes características que veían en sus conquistadores.

El valor, las virtudes y los talentos de los indígenas son destacados en las crónicas mestizas, que no dejan de repetir, por ejemplo, que Nezahualcōyotl y Nezahualpilli fueron grandes poetas o que Ixtlilxóchitl fue un valeroso guerrero al que Cortés le había tomado “grandísimo amor y afición” y “no le permitía apartar de sí” (Durán, 2006: 562).

Las crónicas mestizas son reversiones en varios sentidos. La muerte de Motecuhzoma, por ejemplo, fue a causa de una pedrada de los otrora súbditos del *tlatoani*, según las crónicas de tradición occidental y Muñoz Camargo, quien quiere señalar la crueldad de los mexicas, enemigos acérrimos de los tlaxcaltecas. Pero Ixtlilxóchitl arriesga otra versión: “...aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron espada...” (1975: 454). Según Chimalpahin, Motecuhzoma es estrangulado: “En *tecuilhuitontli* los españoles mataron a Motecuhzomatzin, lo estrangulaban apresuradamente...” (2003b: 201).¹³ La versión de Durán sugiere que el *tlatoani* es apuñalado por los españoles:

Dice esta historia que entraron los mexicanos a los aposentos a buscar a su rey Motecuhzoma para ejecutar en él no menos crueldades que en los españoles habían ejecutado y que, andándole a buscar por los aposentos, le hallaron muerto, con una cadena a los pies y con cinco puñaladas en el pecho, y junto a él, a muchos principales y

¹² *Tona*: sol; *tiutl*: dios. Según Muñoz Camargo, le decían “hijo del sol” por ser rubio y colorado (1998: 192).

¹³ En la versión de Sahagún, “cuatro días andados después de la matanza que se hizo con el cu, hallaron los mejicanos muertos a Motecuzoma, y al Gobernador del tlutilulco, echados fuera de las casas reales [...] y hicieron allí las ceremonias que solían hacer a los difuntos de gran valor: y después los quemaron como acostumbraban” (2016: 113-114).

MARÍA INÉS ALDAO

señores, que juntamente estaban presos en su compañía, todos muertos a puñaladas. (2006: 556)

En las crónicas mestizas, por otra parte, el “nosotros” es oscilante. Si bien en algunas el enunciador se posiciona del lado español, como en *Historia de Tlaxcala*, es un “nosotros” que se corresponde con un sujeto evangelizado y, en cierta forma, un sujeto *nepantla*,¹⁴ entre tradiciones. Pero también en otras crónicas, como las de Chimalpahin y Del Castillo, predomina la perspectiva indígena y el “nosotros” pertenece a los pueblos amerindios: “Ya entonces comenzó la guerra de México; ya entonces nos atacaron, también entonces, en tóxcatl llegaron a Nonohualco; en un día uno cozcacuauhtli nos atacaron los españoles, ya nos combaten en México y durante noventa días permaneció la guerra, nos combatieron.” (Chimalpahin, 2003b: 203).

Ese “nosotros” indígena no debe ser pensado como un concepto que homogeniza a todos los pueblos amerindios (gesto típico en la cronística occidental); por el contrario, el enunciador de una crónica mestiza se posiciona desde el pueblo del que desciende para defender su linaje de las versiones y omisiones de otras historias y, en muchos casos, para solicitar mercedes. Así, el enunciador de *Historia de Tlaxcala* se sitúa en una perspectiva tlaxcalteca, el de *Relación de Texcoco y Obras de Ixtlilxóchitl* relatan en nombre de los texcocanos, la *Crónica mexicana* de Tezozomoc defiende la visión mexica tenochca, en las relaciones de Chimalpahin encontramos la perspectiva chalca y en *Historia de la conquista*, la de los pueblos acolhuas no mexicas. Además, en las crónicas mestizas firmadas por frailes (me refiero a las de Bernardino de Sahagún y Diego Durán) prevalece la perspectiva indígena que, sin tomar partido particularmente, diferencia con claridad a los distintos pueblos y adopta, de esta manera, un relato que puede dar cuenta tanto de los orígenes amerindios como de sus alianzas y enemistades. Son posicionamientos disímiles que forjan versiones disímiles. Si la identidad se construye a partir de la versión de la historia (silenciada, omitida, obturada), la crónica es el gesto a través del cual estos cronistas buscan reconstruir la propia, esa identidad que los separe de la alteridad negativa adjudicada al “conquistado” (Costilla Martínez y Ramírez Santacruz, 2019).

Las crónicas mestizas también son reversiones en la medida en que ponen en escena perspectivas y relatos que se omiten o desaparecen en la cronística occidental. Me refiero a que explicitan la crueldad de los conquistadores: develan escenas tremendas en

¹⁴ El término *Nepantla*, del náhuatl “estar en medio o encimado” (*Diccionario Nauatl-Español*, 2001: 72) es utilizado para referir al sujeto que está entre tradiciones, en un pasaje (imposible) de una cultura a otra. Proviene de una anécdota de *Historia de las Indias de la Nueva España e Islas de Tierra Firme* de Durán. Cuenta el enunciador que, al reprender a un indígena por haber celebrado una fiesta en la que, sospechaba, se habían realizado rituales idolátricos, dicho indígena responde: “Padre, no te espantes pues aun estamos nepantla”. Y agrega: “Y como entendiése lo que quería decir por aquel vocablo que quiere decir, estar en medio, e insistí me dijese qué era aquel en que estaban. Me dijo que, como no estaban aún bien arraigados en la fe, que no me espantase la manera que aún estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley ni a la otra, por mejor decir que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y del demonio, y esto quiso decir aquel en su abominable excusa de que aún permanecían en medio y estaban neutros” (Durán, 2006: 234).

que los indígenas son devorados por perros, ahorcados, encadenados, les queman los pies, les colocan grillos en las plantas que dejan marcas dolorosas e impiden el traslado (léase, huida), los torturan para que confiesen dónde hay más oro. Son escenas que sobrepasan, incluso, a las lascasianas: “De los cuales esclavos conocí yo en casa de deudos míos, herrados en la cara, con letras que decían el nombre de quien los había vendido” (Durán, 2006: 574). En este punto no hay silencios, no hay omisiones, sino escenas plagadas de patetismo que funcionan como reposición o contrapartida de los eufemísticos “infortunios”, “los traje conmigo”, “los dejé pacíficos”, “tuve que prevenir antes que ser prevenidos”, entre otras, que encontramos, por ejemplo, en las cartas de Cortés.

Estas crónicas dan cuenta, además, del cuerpo del indígena, un cuerpo dolorido que ya no conforma una masa enemiga uniforme y sin nombre, sino que padece la conquista, llora, se lamenta, se duele. Como en el relato de la Matanza del Templo Mayor¹⁵ según Durán:

Lo cual los “predicadores del Evangelio de Jesucristo” –o, por mejor decir, discípulos de iniquidad- sin ninguna tardanza hicieron, entrando entre aquellos desventurados, desnudos, en cueros, con solamente una manta de algodón a las carnes, sin tener en las manos sino rosas y plumas, con que bailaban, los metieron todos a cuchillo. De suerte que, queriéndose meter y esconder en los aposentos, huyendo de aquellos ministros del demonio, no pudiéndose esconder de ellos, fueron todos muertos, quedando el patio lleno de sangre de aquellos desventurados y de tripas y cabezas cortadas, manos y pies, y otros, con las entrañas de fuera, a cuchilladas y estocadas, que era el mayor dolor y compasión que se pudo pensar, especialmente con los dolorosos gemidos y lamentaciones que allí en aquel patio se oían, sin poderlos favorecer, ni ayudar, ni remediar. (2006: 548)

En esta escena observamos un enunciador que duda de las intenciones del conquistador y que, enseguida, lo renombra sarcásticamente; la desnudez solo atenuada con flores y plumas, imagen que contrasta con el patio cubierto de sangre; la reversión del concepto occidental de “ministro del demonio”: es, para el enunciador, el español que asesina sin motivo alguno y administra una matanza inmensa, agravada por el hecho de estar celebrando *tóxcatl*. Lo sagrado para el mexica se convierte, en esta versión de la Matanza del Templo Mayor, en una encerrona sangrienta. Además, el horror de la huida imposible, el cuerpo fragmentado del otrora guerrero tenochca devenido en cadáver, entrañas, tripas y sangre colmando un patio dedicado a la fiesta sacra. Las imágenes auditivas, fundamentales en la tradición indígena, contribuyen al patetismo de la escena: “Y fue tanto el alboroto de la ciudad y vocería que se levantó y tanto el aullido de las mujeres y los niños, que a los montes hacían resonar y a las

¹⁵ La Matanza del Templo Mayor es la primera batalla entre mexicas y españoles producida en el Templo Mayor de México-Tenochtitlan en mayo de 1520, durante la fiesta de *Tóxcatl*, celebración en honor a Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, ante la ausencia momentánea de Hernán Cortés, quien había dejado a Pedro de Alvarado al mando de sus soldados (y de Motecuhzoma, preso en su castillo) para resistir la llegada de Narváez. En algunas crónicas, como las de Sahagún y Del Castillo, se responsabiliza fuertemente a los españoles, a quienes se acusa de pretender el oro de Motecuhzoma y realizar debido a esto un ataque artero contra los mexicas, quienes bailaban desprevenidamente y desarmados. En otras crónicas, como la de Muñoz Camargo, el relato se encuentra plena y estratégicamente elidido.

MARÍA INÉS ALDAO

pedras quebrantar de dolor y lástima” (Durán, 2006: 548). Una versión similar encontramos en el *Libro XII* de Sahagún: “...corría la sangre por el patio, como el agua cuando llueve: y todo el patio estaba sembrado de cabezas, y brazos y tripas, y cuerpos de hombres muertos...” (2016: 101).¹⁶

Este cuerpo del indígena, doliente, lastimado, refleja el accionar del conquistador sobre él y ejemplifica las consecuencias de la conquista:¹⁷

Cohuanachochtzin, viéndose muy llagado de las piernas por los grillos que tenía puestos desde el día que le prendió su hermano, le rogó le mandase quitar las prisiones, el cual le dijo a Cortés tuviese por bien de que se le quitasen a su hermano los grillos porque tenía los pies lastimados, demás de que ya él estaba bien castigado. Cortés respondió que hasta que de España viniese recaudo del emperador no lo podía soltar. (1975: 480)

Estas crónicas también dan cuenta del lamento de los indígenas¹⁸ y su resignación a la conquista, como en el triste relato de Tezozomoc sobre la llegada de Cortés a Tenochtitlan, en la que un “cabizbaxo” Motecuhzoma dialoga con Tlilantzin sobre su inexorable final que, predice, sucederá, y les encarga a sus hijos (2003: 481).

Asimismo, en estos textos observamos la importancia de los frailes, apenas mencionados en otras crónicas, y la lucha que comienzan a lidiar contra los españoles en defensa de los indígenas. Está la llegada de los primeros Doce, tan esperados por Cortés, aunque aquí se cuenta que quienes los acompañaron, guiaron y sirvieron durante el camino, y levantaron los monasterios, fueron los vasallos enviados por *pipiltin* y *tlatoque* (Ixtlilxóchitl y Cuauhtémoc, entre otros). Está la adhesión a la nueva fe, esa “ley evangélica” (Ixtlilxóchitl, 1975) que, en estas crónicas, es lo único que impide la rebelión que parece, por momentos, inminente. Está ese sincretismo incipiente que llama *Tloque Nahuaque* a Jesucristo (Tezozomoc, 2003) y que insta anecdotas tan sugerentes como la que relata Durán: “padre, no te espantes, que aún estamos Nepantla”, dice un indio al enunciador de la *Historia de las Indias* luego de que éste le recriminase la continuación de sus prácticas paganas (2006: 234).¹⁹

Está la arenga extensa y conmovedora de Cuauhtémoc a su pueblo, con la que motiva a sus vasallos a defender la tierra o morir: “No miréis a que soy muchacho y de poca edad, sino mirad que lo que os digo es la verdad y que estáis obligados a defender vuestra ciudad y patria, donde os prometo de no la desamparar hasta morir o librarla”

¹⁶ Las crónicas de Sahagún y Durán en su relato de la Matanza del Templo Mayor “ponen de manifiesto el límite de la analogía, la irreductibilidad de ciertos modos de la alteridad inscriptos en la forma en que se somete al otro, mutilándolo o aniquilándolo” (Añón, 2021: 323).

¹⁷ Como explica Berenice Alcántara Rojas, luego de vencer a los mexicas en coalición, Cortés y el resto de los aliados indígenas entendieron la victoria de forma diferente. Cortés pensó que esos dominios se incorporaban a los de España y que él mismo los gobernaría como representante del rey. Los tlaxcaltecas, por su parte, conocían el modo de tributo implementado por los mexicas, por lo que esperaban ocupar un lugar central en ese nuevo orden y quedar al mando de la tributación. Pero poco después, se dieron cuenta de que los españoles no estaban dispuestos a compartir el poder y, por ello, comenzaron a luchar vía instancias legales para no perder los privilegios prometidos. (2021: 254-255).

¹⁸ La más recurrente, según Sahagún, Del Castillo e Ixtlilxóchitl, es su enfática búsqueda de oro.

¹⁹ Ver nota 14 de este artículo.

(Durán, 2006: 563-564). Está esa bella cosmovisión mesoamericana en la que el incendio del *teocalme* (Sahagún, 2016: 164), las pirámides de fuego, los cometas, rayos y otros prodigios (Muñoz Camargo, 1998: 173-177; Sahagún, 2016: 45-49) son de mal agüero o el apresamiento de su *tlatoani* es signo de que la ciudad ha caído (Ixtililxóchitl, 1975: 478).

Están las mujeres deliberadamente omitidas en las crónicas de tradición occidental: madres que no quieren bautizarse (Ixtililxóchitl, 1975: 492), las esposas de los *tlatoque*, víctimas al igual que sus maridos, la mujer que da aviso a los mexicas de la huida de los españoles que culminará en la Noche Triste, las nobles devenidas en cautivas (Chimalpahin, 2003a: 203), las que son violadas para amedrentar a su compañero, las que se arrojan a las acequias junto a sus hijos durante la conquista para no caer en manos de los españoles (Durán, 2006: 569). Incluso, como señala la crónica de Muñoz Camargo, las mujeres españolas como María de Estrada que pelearon con “espada y rodela” junto al conquistador (1998: 217-218).²⁰

Encontramos una extensa narración del pasado indígena, de sus costumbres, sus creencias, sus pueblos y su heterogeneidad que no aparece en las crónicas de tradición occidental, excepto, en parte, en las misioneras. Está ese “choque de la conquista” (Gruzinski, 2007) manifiesto en el relato de la construcción de las casas de los capitanes y religiosos sobre las ruinas de Tenochtitlan, episodio tristísimo del que dice Del Castillo:

Y no mucho después dieron la orden a los caciques de que lo más pronto que fuera posible lo barrieran todo y levantaran todas las piedras [que] habían caído en el tiempo de la guerra, cuando las arrojaban por todas partes los combatientes de la ciudad. No hay demora, en el momento en que reciben estas órdenes los caciques toman la providencia de que los capitanes y nobles citen a todo hombre de los macehuales de México y Tlatelolco, de los tlacopanecas de Azcapotzalco, de los tecpanecas de Coyoacan, y finalmente de los tlalhuacpanecas, que son los que habitan en tierras secas fuera de la laguna, para que barran y recojan todas las piedras que hallaron esparcidas. Mandado esto por los caciques, se volvieron inmediatamente los religiosos y Cortés al palacio en donde estaban todos viviendo. Al otro día y al subsecuente ocurrieron todos los macehuales a recoger las basuras y a barrer, y los capitanes y nobles andaban cada día dándoles prisa y riñéndoles cuando les advertían que flojeaban. (Del Castillo, 1991: 159- 161)

Nótese en esta extensa cita la simbólica limpieza que deben hacer los indígenas de los restos de la guerra: las piedras son, ahora, “basuras” que deben desaparecer para iniciar la edificación de la ciudad nueva. Estas labores de reconstrucción visibilizan la intencional destrucción de la antigua, reemplazo absoluto de una cultura por otra, como lamenta el enunciador de *Relación de Texcoco* al describir las ruinas del palacio de Nezahualcoyotl (Pomar, 1891). Relatos como estos reflejan el espanto, la consternación y el asombro, y remedan los cantos nahuas posconquista, como el que cito a continuación, compuesto hacia 1550:

¿Quiénes son ahora los príncipes?

²⁰ Sobre la importancia de la mujer en el México antiguo, véase Battcock, 2001b.

¿Quiénes están ahora en el agua y el monte, en la ciudad?

El verde mezquite se yergue,
la raíz del árbol de nuestro sustento,

allá vivieron los señores,

¿quiénes son ahora los príncipes?

(León-Portilla, 2011: 511, vv. 57-62).

En las crónicas mestizas observamos otros tantos detalles que suelen ser silenciados, como el hedor de los cuerpos muertos aun sin enterrar (Sahagún, 2016: 178; Durán, 2006: 569) que hace a los españoles taparse las narices y que reemplaza al nauseabundo olor que detecta Cortés, según sus cartas, en los *teocalme* mexicas. Pero, además, está la inminencia de la pérdida de México apenas ganada, tanto por las posibles rebeliones como por la “guerra civil” entre bandos españoles,²¹ y con eso, la constatación de la fragilidad de la conquista. Y está, porque eso sí que no se omite (de hecho, se critica), el pasmo posterior a la caída, la reorganización que no pretende integrar sino reemplazar la cultura local.

A modo de cierre

El archivo colonial latinoamericano se caracteriza por sus omisiones. El silencio es su elemento constitutivo. En primer lugar, porque de varias de las crónicas mestizas a las que referí en este artículo solo nos quedan retazos, jirones, copias incompletas, despojos de los traslados y del olvido. En segundo lugar, porque en su pretensión de instaurar su historia, la historia que no ha contado otra zona de la cronística, incurre, a su vez, en tergiversaciones y elipsis, como las que omiten casi por completo el relato de la conquista de México. Por último, pero no menos importante, porque la crítica se ha dedicado a leer estas crónicas como fuentes de información sobre los pueblos amerindios en lugar de observar en ellas su complejo *locus* enunciativo, una de sus tantas riquezas textuales. Estos silencios deben hacernos reflexionar sobre la necesidad de (re)leer el archivo mestizo, menos abordado que el de tradición occidental, relegado al estatuto de informe etnográfico o texto histórico.

Las crónicas mestizas novohispanas brindan una versión alternativa de la conquista de México, de sus personajes, de sus consecuencias. Algunas omiten deliberadamente dicho relato, instaurando un pasaje inmediato y casi mágico entre la llegada de Cortés y la de los Doce primeros franciscanos. Otras se dedican a la narración del asedio de Tenochtitlan, atentas a reponer los vacíos de las crónicas compuestas por soldados y frailes: en ellas, los posibilitadores del “éxito” y los verdaderos héroes, aun en la derrota, son los pueblos amerindios y sus representantes (tlaxcaltecas, texcocanos,

²¹ Durán cuenta que, por desobedecerlo durante el asedio sobre México-Tenochtitlan, Cortés quiso ahorcar a Pedro de Alvarado (2006: 566).

Ixtlilxóchitl, Motecuhzoma, Cuauhtémoc, entre otros). Todas ellas complementan las lecturas canónicas sobre la conquista, en las que el avance de Cortés y sus soldados redundan en una victoria aplastante sobre los mexicas. Por el contrario, estas crónicas ingresan otras miradas, otros actores, así como la voz de los y las indígenas, sus nombres, sus orígenes, sus costumbres, su dolor y lamentos.

Esta visión de los indios conquistadores y de los *pipiltin* como copartícipes de la conquista de México, pocas veces destacada, es subrayada de manera constante en las crónicas mestizas, dejando así en evidencia las omisiones de otro tipo de relatos. Son la otra historia de la historia, aquella que (también y principalmente) debemos leer desde una perspectiva literaria, teniendo en cuenta, además del *locus* de enunciación, el caótico contexto posconquista desde el cual escribe el cronista, que explicita su adscripción a un linaje noble, solicita dádivas o intenta mantener u obtener un lugar en la colonia.

En torno a los quinientos años del sitio y posterior caída de Tenochtitlan (1521-2021) vuelvo a pensar cómo los textos mestizos relatan algunos eventos, brindan otras versiones, mantienen otra perspectiva. Acaso sea la mejor forma de conmemorar dicha “derrota”: me refiero a retomar lecturas ya hechas o entender que la historia que se suele inculcar no contempló, al menos no del todo, las crónicas mestizas. Acaso sea, precisamente, este archivo mestizo, compuesto por retazos, fragmentos, recortes, o esquirlas que ha sorteado los desgarros y jirones que la historia le propinó (aquella historia que resguardó harto mejor la cronística occidental), el complemento ineludible para pensar la conquista y las lecturas críticas que de ella se han hecho.

Referencias bibliográficas

- ALCÁNTARA ROJAS, Berenice, 2021, “La conquista de los mexicas”, en Ríos Saloma, Martín (ed.), *Conquistas. Actores, escenarios y reflexiones. Nueva España (1519-1550)*, Madrid, Sílex Ediciones, pp. 231-257.
- ALDAO, María Inés, 2018, “Cruces culturales, resistencias y apropiaciones: las crónicas mestizas y misioneras del México colonial (siglo XVI)”, *Tesis de Doctorado*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. En Repositorio Digital Institucional, FFyL, UBA. En: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/11387>
- AÑÓN, Valeria, 2021, “El discurso de la violencia en las crónicas novohispanas de tradición indígena de Muñoz Camargo y Alva Ixtlilxóchitl: acerca de la llamada ‘Noche triste’”, en Pereyra, Osvaldo, Sancholuz, Carolina, Reitano, Emir y Susana Aguirre (comps.), *Conflictos y resistencias: la construcción de la imagen del “otro”. Selección de documentos fundamentales para la comprensión de la expansión atlántica*, Buenos Aires, Editorial Teseo, pp. 319-338.
- BATTCOCK, Clementina, 2021, “La conquista de Tenochtitlan: el armazón del acontecimiento”, conferencia en *Coloquio Internacional Conquista, Independencia y Revolución. Los hitos construidos y significados*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

MARÍA INÉS ALDAO

- _____, 2021, *Las mujeres en el México antiguo. Las que hilan, legitiman y renuevan*, México, Fondo Editorial de Nuevo León.
- CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Domingo Francisco San Antón Muñón, 2003, *Las ocho relaciones y el memorial de Colhuacan*, México, Conaculta.
- _____, 2003, *Séptima relación de las Diferentes historias originales*, México, Universidad Nacional Autónoma de México – Instituto de Investigaciones Históricas.
- CORTÉS, Hernán, 2010, *Segunda carta de relación y otros textos* (edición de Valeria Añón), Buenos Aires, Corregidor.
- COSTILLA MARTÍNEZ, Héctor y Francisco Ramírez Santacruz, 2019, *Historia adoptada, historia adaptada. La crónica mestiza del México colonial*, Madrid, Iberoamericana - Vervuert.
- DEL CASTILLO, Cristóbal, 1991, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Asociación de Amigos del Templo Mayor / García y Valadés Editores.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, 2011, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Real Academia Española.
- Diccionario Nahuatl-Español / Español-Nahuatl*, 2001, México, Biblioteca de los Pueblos Indígenas – Instituto Mexiquense de Cultura.
- DURÁN, Diego, 2006, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, México, Porrúa.
- GRUZINSKI, Serge, 2007, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica.
- IXTLILXÓCHITL, Fernando de Alva, 1975, *Obras Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel et al., 2011, *Cantares mexicanos*. Volumen II, 2 tomos, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- LIENHARD, Martín, 1983, “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 17, 105-115.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego, 1998, *Historia de Tlaxcala*, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- NAVARRETE LINARES, Federico, 2021, “La conquista del siglo XVI y la conquista actual”, en Ríos Saloma, Martín (ed.), *Conquistas. Actores, escenarios y reflexiones. Nueva España (1519-1550)*, Madrid, Sílex Ediciones, pp. 355-373.
- _____, 2021, “Malinche, conquistadora de México”, conferencia magistral en *Congreso Internacional sobre Códices y Manuscritos Coloniales*, Centro de Investigaciones Históricas y Culturales, México.
- _____, 2019, *¿Quién conquistó México?*, México, Pinguin Random House.
- OUDIJK, Michel y Mathew Restall, 2008, *La conquista indígena de Mesoamérica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia – Universidad de las Américas de Puebla.

Crónicas mestizas novohispanas. Relecturas a 500 años de la caída de Tenochtitlan

- POMAR, Juan Bautista, 1891, *Relación de Tezcoco*, en García Icazbalceta, Joaquín (ed.), *Nueva colección de documentos para la historia de México. Tomo III. Pomar, Zurita, Relaciones antiguas (siglo XVI)*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, pp. 1-69.
- ROLDÁN, Dolores (comp.), 1980, *Códice de Cuauhtémoc*, México, Editorial Orión.
- ROZAT, Guy (coord.), 2013, *Repensar la Conquista*, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- SAHAGÚN, Bernardino de, 2016, *Historia de la conquista de México. Libro XII de la Historia General de las Cosas de la Nueva España* (edición, prólogo y notas de Valeria Añón), Buenos Aires, Corregidor.
- TAPIA, Andrés de, 2003, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desse que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar Océano*, en AA.VV., *La conquista de Tenochtitlan*, Madrid, Dastin.
- TEZOSOMOC, Hernando de Alvarado, 2003, *Crónica mexicana*, Madrid, Dastin.
- VÁZQUEZ CHAMORRO, Germán, 1985, “Introducción”, en Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva, *Historia de la nación chichimeca*, Madrid, Historia 16, pp. 7-41.